

Entre la pluma y el fusil, de Claudia Gilman¹

Por Demian Paredes, intercambio con la autora

Cuando la revolución cruzó Latinoamérica [1]

Editado hace algunos meses por Siglo XXI (Colección “Metamorfosis” [2]), este ensayo de Claudia Gilman -muy bien documentado-, hace un repaso de los principales debates que hubo entre la intelectualidad latinoamericana y Cuba tras la revolución en el '59. Éste será el tronco central del libro, en lo que ella denomina “época”, que abarca las décadas del '60 y '70: los diferentes *desplazamientos* que hubo desde la discusión política hasta los límites de la creación artística e intelectual (o dicho de otra manera: la discusión sobre “la función social del arte”). Gilman nos pone así “en situación”: “el período que se inicia en los '60 tuvo una fuerte impronta internacionalista y un interés por los asuntos públicos que desbordó los horizontes nacionales”, producto del “impacto que en el proceso de refuncionalizar la literatura y en el de crear una nueva *paidea* para los intelectuales latinoamericanos tuvo la Revolución Cubana (y sus diferentes avatares) a lo largo de aproximadamente quince años” (pág. 28).

La siempre disputada y tensa relación entre *intelectuales y sociedad o literatura y política* es retratada a través de las discusiones, manifiestos y encuentros que giraron en torno a La Habana y el papel dirigente de Roberto Fernández Retamar - con la revista *Casa de las Américas*-, el mismo Fidel y los escritores-intelectuales cubanos [3].

El estudio se centra en “la importancia política concedida al intelectual y a sus producciones específicas (especialmente la literatura)... acompañada de una interpretación permanente sobre su valor o disvalor social y por la intensa voluntad programática de crear un arte político y revolucionario” (pág. 29). Esto, por “la influencia de la Revolución Cubana sobre la historia literaria e intelectual del continente [que] merece ser desarrollada a lo largo de una cronología que dé cuenta de las diversas políticas culturales cubanas” (pág. 28) [4].

Para Gilman “el mayor problema” desde la década del '60 serán los dos polos en que se deslizará la noción de “compromiso” para los intelectuales: “el compromiso de la obra y compromiso del autor” (pág. 144).

En el capítulo 4 (“El intelectual como problema”) señala que: “El problema del compromiso de la obra/ compromiso del autor supone una tensión permanente, implica un reenvío constante entre los dos extremos cuya estabilidad parece imposible. Las transacciones simbólicas sólo se alcanzan cuando uno de los polos puede dejarse de lado momentáneamente para insistir sobre el otro extremo de la oposición” (págs. 147, 148).

1967 será el año de la “consagración”, del pasaje y conversión definitiva del escritor en intelectual. Una “simultaneidad de fenómenos” que dio un “creciente interés del público por sus obras [que] hojeaba sus libros y consumía sus opiniones e imágenes en los reportajes” (pág. 148) [5].

Tras la consolidación en el poder del Gobierno Revolucionario de Cuba, se conforma a su alrededor la “familia” de intelectuales-escritores latinoamericanos. Familia que tras muchas discusiones, y finalmente su consagración, hacia fines de la década y luego en el '71 con el “caso Padilla”, comenzará a fracturarse y surgirán varias tendencias con sus publicaciones [6]. No sólo la muerte del Che

fue un duro golpe que los volvió al debate de si el escritor debía dejar la pluma y tomar las armas para hacer la revolución, sino que ésta y otras discusiones se dieron durante toda la “época”. Todos los desplazamientos y utilidades que se dieron, desde el “escritor-intelectual”, pasando por el “intelectual-crítico” hasta el “intelectual-revolucionario” nos remite al actual debate dado acerca de la libertad en la isla y su destino futuro [7], y a la vez al de qué papel pueden jugar los intelectuales considerando el peso que tienen en la sociedad -también- hoy [8].

Hacia el final del libro, la historia estaba llegando a estas disyuntivas: “La tensión entre el intento de democratizar la cultura y el de revolucionarla fue el eje central en torno al cual debería enmarcarse la discusión sobre vanguardia y política. Muchos escritores tuvieron que ubicarse en un precario equilibrio entre su elitismo y su sincero reformismo político, pronunciarse frente al desafío teórico que suponía para sus afinidades estéticas y posiciones políticas la ampliación de la vida pública y la creciente participación de las masas en ella. La brecha entre cultura de masas y cultura de elites, que estaba en proceso de profundización irreversible, constituye un dato importante para contextualizar los debates” (pág. 337) [9].

Entre los años 1969 y 1971 se dio la debacle de la novela: una “pérdida de legitimidad ideológica de los narradores del boom... la predisposición del género a incorporarse al mercado y a su aparato de publicidad, permitió ese pasaje” (pág. 345). Canción de protesta, periodismo y documentales, testimonio y poesía son algunas de las nuevas formas artísticas que se asumen y desarrollan en Latinoamérica [10].

Si bien la Revolución Cubana como *hecho histórico, social*, permitió a los artistas e intelectuales *pensarse en sus términos específicos respecto a su actividad*, la muerte del Che por un lado, y luego una nueva “variante latinoamericana”, la llegada al poder en Chile de Allende y la Unidad Popular, experiencia que fracasa al poco tiempo con el golpe de 1973, serán ambos síntomas de un nuevo reflujo y retroceso de la lucha de clases, serán estos los hechos que marcarán un límite a la experiencia y perspectivas de la intelectualidad latinoamericana.

En el capítulo final “¿Un proyecto incumplido?” se intenta hacer un balance entre la época (el “protagonismo histórico” que tenían los países de América Latina, la concreción del ideal de cambio social y revolucionario con Cuba desde 1959) y la actividad de los intelectuales (“una invitación a actuar para acelerar ese curso de la historia”): éste es un balance bastante logrado en sus aspectos positivos, ya que señala en primer término la constitución de la “familia intelectual”, con sus escritores y artistas creando un gran corpus de obras y una identidad propia.

Pero por otra parte evalúa “el fracaso o el triunfo de los movimientos intelectuales a favor de la revolución”. A esto, no termina de responder. En un reportaje concede que hay una contradicción entre el arte y la intelectualidad “puros”: la necesidad de una política para la revolución es “de carácter irresoluble” [11].

Creemos esta idea equivocada. Gilman no extrae todas las conclusiones al poner al “mercado” como causa de la debacle del proceso y proyecto de la intelectualidad latinoamericana y sólo toma en un sentido más bien “romántico” o superficial las enormes pérdidas que significaron para el “imaginario social” la pérdida del Che y el aborto del proceso chileno (y toda la reacción que se instala en los setenta -y aún antes, ¡Brasil!-) con las dictaduras militares en el Cono Sur.

Esta, la derrota de la lucha de clases, será la verdadera base que dejará sin sustento el proyecto de artistas e intelectuales (hablamos de la muerte física, el exilio, etc.) al inviabilizar el camino hacia una sociedad nueva.

Clausurada esta etapa reciente en la historia de nuestros pueblos -junto a E. Said y P. Bourdieu-, Gilman concluye con una reafirmación de las tareas del intelectual como “crítico de la sociedad”: “sólo aumentando la autonomía característica de los intelectuales, éstos pueden hacer aumentar la eficacia de una acción política”.

Con todo, el libro de Gilman es una obra muy interesante, un libro logrado y de recomendable lectura que ilustra sobre la complicada y conflictiva situación que hubo durante las décadas de los ‘60 y ‘70 [12] entre Cuba y los escritores-intelectuales, cuando la revolución cruzó Latinoamérica.

Respuesta de Claudia Gilman

Bs. As., 28 de enero de 2004 [13]

Estimado Demian Paredes:

Le escribo para agradecerle su comentario a mi libro *Entre la pluma y el fusil. Debates y dilemas del escritor revolucionario en América Latina* y aprovechar para disipar algunos malentendidos.

Como usted bien lo sintetiza, el libro “hace un repaso de los principales debates que hubo entre la intelectualidad latinoamericana”. Sin embargo, usted restringe esos debates a los debates con Cuba (si leo correctamente su frase). En realidad, Cuba ocupó un lugar central como modelo de revolución e instó a la intelectualidad a nuclearse en su defensa. Los debates “con” Cuba tuvieron lugar como tales, en un momento muy preciso de la historia cubana y el resultado de ese debate provocó una fuerte ruptura entre las filas intelectuales de izquierda.

Cuando defino como “época” el período de radicalización política de los años ‘60 y ‘70, no me refiero específicamente a esos debates sino al contexto histórico mundial. Creo que de allí se deriva su interpretación de que el fin de esa época coincida con el rompimiento del frente intelectual latinoamericano. Generalmente en la historia es difícil encontrar fenómenos dispersos que puedan atarse con un solo nudo. Por eso discrepo con usted cuando lo que declaro como disyuntivas intelectuales hacia el final del período son el final de la historia. En todo caso, constituyen el final de la historia de esos debates en ese momento tan marcado por el sentimiento de inminencia de la revolución.

Cuando usted reprocha que el capítulo final no da cuenta de las razones del fracaso de los movimientos intelectuales a favor de la revolución, me parece encontrar un malentendido fácil de aclarar. Los intelectuales protagonistas de los debates sobre los que versa mi libro no constituyen en absoluto los miembros de una militancia política cuya masividad y entusiasmo caracterizaron el período. Son, en líneas generales, escritores que se propusieron la escritura como praxis política. Ese proyecto fracasó incluso antes de que las dictaduras continentales aplastaran los movimientos a favor de la revolución.

No encuentro nada “romántica” mi interpretación de las razones por las cuales los escritores dejaron de pensarse a sí mismos como agentes del cambio social. Junto con la represión de los movimientos de masas, se hizo evidente que la

mercantilización de la cultura (expresión del triunfo del capitalismo más allá de lo económico) neutralizaba la politicidad de sus prácticas.

Tengo la impresión de que nuestros posibles malentendidos surgen de la equiparación de la historia de los debates intelectuales con la historia mucho más amplia de la oleada revolucionaria que irrumpió en el mundo entero. Respecto de la cuestión, y pidiendo disculpas por la inmodestia inevitable de citarme a mí misma, escribo en el primer capítulo sobre la época en general que así como es relativamente sencillo determinar el comienzo de ese período, no lo es determinar su clausura. En ese punto cito la, a mi juicio poco fausta opinión de Régis Debray, quien define como “comunidad espectral” a la militancia de izquierda, como dando a entender que hacían del mundo un diagnóstico totalmente equivocado. Utilizando en su contra su propio argumento me interrogo: “Si, para Debray, la izquierda estaba equivocada ¿no es posible pensar, por el contrario, que la sucesión de golpes militares y represiones brutales fue una respuesta imbuida de la misma convicción de que la revolución estaba por llegar (y que por lo tanto era necesario combatirla)? ¿Estaban errados los diagnósticos o las relaciones de fuerza se modificaron con el propósito de sofocar pulsiones revolucionarias existentes?” Ciertamente no me expido sobre el tema. Reconozco que es un deber, al menos, formularse esas preguntas. Lejos estoy de creer que los caminos conducentes a una nueva sociedad se obturaron por razones imaginarias, como lejos también de creer que el mero concurso de un puñado de escritores allanaría por sí mismo el camino hacia esa nueva sociedad.

Me reprocha usted también una concepción de los partidos políticos cuando en verdad jamás me he ocupado de ellos. En el reportaje que usted cita, mi afirmación se restringe a describir cuáles fueron -muy esquemáticamente- las posiciones de los escritores a los que me refiero en el libro: los defensores del ideal crítico y los que aceptaron la subordinación de sus respectivos partidos en cuanto a qué debía entenderse por una práctica artística revolucionaria. Este dato no constituye una opinión sobre los partidos, es apenas una constatación de las consecuencias de la fractura del frente intelectual constituido en ese entonces.

Sólo me queda un tema en el tintero. No ha sido usted el único que creyó entender que mi posición personal consiste en reafirmar la tarea del intelectual como “crítico de la sociedad”. Esa unanimidad de interpretación me parece un síntoma de hasta qué punto persiste dentro de quienes se consideran intelectuales ese ideal de creer que el intelectual es la conciencia crítica de la sociedad. Ni siquiera Bourdieu creía honestamente en las palabras con que pone fin a su libro *Las reglas del arte* y que usted hace mías sólo porque las cito como ejemplo de esa persistencia: “sólo aumentando la autonomía característica de los intelectuales éstos pueden hacer aumentar la eficacia de una acción política”. ¿Por qué si no habría de fundar muy poco más tarde un partido político? En cuanto a mí, lo que digo (pág. 378) es: “sorprende la persistencia del ideal crítico en la autodefinition que los intelectuales hacen de sí mismos”. Y efectivamente me sorprende esa persistencia de la noción de intelectual como crítico de la sociedad que, como escribo “resurgió casi indemne del proceso brutal de transformación económica, social y cultural de los últimos treinta años”. Antes de eso, precisamente como crítica a esa concepción intelectual, señalo que las condiciones de intervención intelectual se han transformado radicalmente desde entonces y que es absurdo pasar por alto el

hecho de que esas transformaciones, el pasaje de una cultura de la letra a una cultura de la imagen, la privatización de la existencia, la preeminencia de la industria cultural, la academización de los otrora “intelectuales libres” invitan a pensar de otro modo y con más humildad el lugar del intelectual en la sociedad. Arrogarse la representación de lo social y, además, el de una conciencia crítica fundada en una supuesta objetividad que les permitiría estar por fuera de todo interés es, a mi criterio, un pecado de soberbia. Lo es más aun cuando se verifica el deterioro de las instituciones manejadas por esos mismos intelectuales, que mal hacen en no entender que la caridad empieza, a veces, también por casa.

Tras “el paso de la revolución” por Latinoamérica en los ‘70: nuestra época y la necesidad de un proyecto político para una nueva intelectualidad revolucionaria

Por Demian A. Paredes, a manera de respuesta a Claudia Gilman

S. S. de Jujuy, febrero del 2004

Claudia:

Yo también le agradezco su escrito con los comentarios que de alguna forma sugieren “precisiones” a mi lectura e interpretación de su libro *Entre la pluma y el fusil*.

Efectivamente, la relación entre “literatura y política” se da de forma conflictiva y contradictoria. Aquí me propongo explorar esa tensión dada entre “literatura y revolución” que Ud. trata centralmente en los 4 últimos capítulos de su libro; y avanzar más -tomando lo que plantea en su carta- en un debate que, considero necesario abrir a este nivel: respecto la intelectualidad específicamente.

Pero antes de empezar, un pequeño asunto por aclarar: no soy yo quien “restringe” los debates de intelectuales en torno a Cuba. Usted misma plantea a la Revolución Cubana como un “dato fundamental para entender la historia literaria e intelectual latinoamericana del período” (pág. 13; en la primer página de su “Introducción”) [14]. Era imposible desviar la mirada de semejante acontecimiento dado en nuestro continente. Y de allí que los debates claves (teóricos y políticos, filosóficos y culturales) hayan pasado por Cuba. Eso no lo podemos elegir nosotros. De la misma forma en que el debate Sartre/Camus se dio en torno a la violencia (con una posición que la condena a priori en Camus y la dura réplica de Sartre) pero no ‘en abstracto’ sino desde su participación real y efectiva en la Resistencia [15] y la toma de posición ante acontecimientos ulteriores (los campos de concentración stalinistas), la discusión del rol que podía tener la intelectualidad, se vio “obligada” a pronunciarse ante el hecho concreto de Cuba desde el ‘59, y sobre sus perspectivas. Es decir, que los debates no se podían -ni pueden- dar “en el aire”, en abstracto. Puedo acordar con Ud. -que sigue a Bourdieu- sobre la significación (importancia) de los intelectuales: por su producción de “representaciones del mundo social”, “que constituyen una dimensión fundamental de la lucha política” (pág. 16).

Ud. toma el enfoque de A. Rama -en *Más allá del boom: literatura y mercado*- al considerar la narrativa latinoamericana “no sólo [en] sus aspectos artísticos e ideológicos sino también los económicos, sociológicos y políticos que le sirvieron de marco” como su propio “punto de partida metodológico y temático” para la

investigación de su libro. Enfoque que “subraya la tensión entre modernización y política y la necesidad de pensar el triángulo formado por la literatura, el mercado y la revolución” (págs. 20-21) [16].

Efectivamente, una cosa fue “la historia de los debates intelectuales”, y otra “la historia mucho más amplia de la oleada revolucionaria que irrumpió en el mundo entero” como señala Ud. en su carta. Considero que esta última incluye -y condicionó- a la primera; al igual que el rol de los partidos (en donde Ud. sólo propone una “constatación” y referencia de las posiciones asumidas). Cuando discute en contra de R. Debray planteando que los golpes militares y represiones contra el movimiento de masas no podían ser otra ‘ilusión’, similar a la de la izquierda, dice: “¿Estaban errados los diagnósticos o las relaciones de fuerza se modificaron con el propósito de sofocar pulsiones revolucionarias existentes?”. Efectivamente fue así, como señala en último término. Pero además plantea sobre la izquierda y su ‘diagnóstico’ sobre la revolución: “no me expido sobre el tema”, y agrega “reconozco que es un deber, al menos, formularse estas preguntas”.

Pues bien, su libro es valioso por el retrato de una época revolucionaria y la seriedad de la documentación utilizada en cuanto a los actores que participaron - los escritores, partidos, personalidades; su relación con el ‘poder político’, etc.-. Pero la historia continuó. Desde ahí, desde lo planteado por Ud., podemos “seguir la historia”, y ensayar algunas respuestas. Y buscar respuestas a estos interrogantes implica revisar las posiciones del “campo intelectual” y a la vez las del “campo de la revolución” -U.R.S.S., China y Cuba- en sus relaciones e influencias mutuas.

Con todo esto, podemos llegar a una conclusión productiva y muy importante: **qué pasaje han hecho los intelectuales tras la ‘clausura’ de las décadas del ’60 y ’70 -con el cambio en la relación de fuerzas en contra de los movimientos de masas y la revolución-; qué ubicación y qué perspectivas hacen a su campo, a su “función”, hoy.** Escribiré mi respuesta esquemáticamente.

Intelectuales y artistas: una tensión irresoluble

“Es imposible encontrarle salida a este atolladero [de disgregación y putrefacción de la sociedad burguesa] por los medios propios del arte. Toda cultura está en crisis, desde sus cimientos económicos hasta las más altas esferas de la ideología. El arte no puede ni salir de la crisis ni mantenerse al margen. No puede salvarse solo. Perecerá inevitablemente como pereció el arte griego bajo las ruinas de la sociedad esclavista, si la sociedad contemporánea no logra transformarse. El problema tiene, pues, un carácter totalmente revolucionario. De ahí que la función del arte en nuestra época se defina por su relación con la revolución”. León Trotsky [17]

“El arte modernista a comienzos del presente siglo [XX] debe ser visto a la luz de una coyuntura histórica específica que, en vísperas de la Revolución de Octubre, dio lugar a la radicalización del modernismo manifestada en movimientos de vanguardia tales como el constructivismo y el surrealismo, en los que se cuestiona la institución misma del arte como parte de la lucha por una transformación social más amplia. La derrota de la revolución socialista fue también la de las vanguardias y determinó la historia subsiguiente del modernismo...”. Alex Callinicos [18]

- Pese al “uso” de la teoría y concepciones de Sartre durante la época del '60 y '70, señalemos que los escritores e intelectuales latinoamericanos padecieron permanentemente una relación tensa, de *vaivén* -al igual que el mismo Sartre- entre los posibles *roles de “acción”*: o desde la escritura, o desde la política; o desde una combinación de ambos frente al hecho y compromiso a que los llamaba la Revolución Cubana y la situación abierta en el continente.

- Esta tensión es intrínseca en la sociedad contemporánea, basada en desarrollos desiguales: jerarquías de clases y países; y también de *industrias (y del mercado, con sus mandatos culturales)* contra los individuos que la componen -y es, de hecho, éste el sustrato que alimenta la pulsión artística e intelectual-: pueden surgir así los deseos de proyectarse a través de las obras producidas, ante la angustia que provocan distintas incertidumbres, las dudas acerca de la finalidad -u objetivos conscientes- que existen en una sociedad construida por los mismos hombres [19] y sacudida en períodos por la lucha de clases. Cuba convocó a que los artistas se pensarán desde un camino “propio”: el “camino latinoamericano” que se inauguraba en el '59 con la Revolución. Estas perspectivas tuvieron acontecimientos negativos, que Ud. explica bien -el “caso Padilla”-, y que plantea en el inicio del libro como una contradicción clave (con “el intento de recolocar la literatura en el horizonte de la vanguardia”): una “tensión entre comunicabilidad y legibilidad” (pág. 33). Los logros artísticos son los que Ud. señala: la renovación de la literatura, un nuevo realismo: uno que “buscaba [y logró] superar el folklorismo y el nacionalismo... un estado anacrónico del género, que impedía la transformación de la literatura latinoamericana en literatura universal” (pág. 318).

- Como proponía Trotsky, hay que juzgar al arte “según sus leyes”. Él, por ejemplo, apreció la obra del primer Céline del Viaje al fin de la noche (con este elogio: diciendo que entró “en la gran literatura como otros entran en sus casas”) sin perder de vista las perspectivas históricas que lo acompañaban -y condicionaban- [20].

- La relación de Cuba con los escritores -transformados en “*intelectuales a pedido del público*”, que demandaba sus opiniones sobre arte y cultura, y sobre la situación política especialmente- no es nueva: el papel que pueden jugar en la sociedad también generó amplios debates y expectativas en otros períodos revolucionarios: con la Revolución Rusa, por ejemplo [21]. **Lo que hay que destacar, es que dentro de estos dos registros: en el de la modernización artística y en el compromiso político -forma y contenido de las obras-, se avanzó enormemente, con los resultados ya señalados.**

Intelectuales y lucha de clases: resultados que orientan su posición política (real resignación política)

“El desastre del estalinismo y del fascismo... destruyó los movimientos de vanguardia en [un] sentido fundamental: los privó de la esperanza de la revolución social, esencial para la integración buscada entre el arte y la vida. La estabilización del capitalismo durante la posguerra dejó inermes a aquellas pocas personas comprometidas todavía con los objetivos del vanguardismo... El naufragio de las vanguardias dramatiza el agotamiento general del modernismo.”
Alex Callinicos [22]

- El capítulo 7 de su libro (“La ruptura de los lazos de familia”) dice más de lo que quiere: pese a que “hasta ahora no se ha estudiado lo suficiente cómo influyó el

mercado literario en la conformación de ideologías de escritores y en la configuración de los debates estético-ideológicos del campo intelectual latinoamericano” (pág. 266), brinda una pista más importante en otro plano al plantear que, pese a que eran primeramente los mismos escritores cubanos quienes estaban contra todo “dirigismo” en el arte, luego “cambió el panorama a partir del alineamiento cubano con la Unión Soviética” (pág. 267). **En el debate con los intelectuales “consagrados”, en el debate entre “Literatura y Revolución”, Cuba terminó tomando un atajo que nada bien podía hacer al futuro de la revolución:** argumentar que los discursos y páginas testimoniales del Che y Fidel eran “literatura revolucionaria” y prerrevolucionaria (pp. 274-276). Aunque así lo fueran -y más como documentos políticos que como “obras de arte” [23]- esto dejaba sin contestar el problema de los intelectuales -que propone en la categoría de “intelectuales libres” (Bourdieu) [24]-, que desde la revista Libre (1971) continuaron el debate en torno a la revolución y al papel de los mismos, proponiendo “la libertad de crítica y creación” (pág. 285) contra la “reacción antiintelectualista” de los escritores pro Cuba. Desde Libre establecieron una “alianza simbólica” con el gobierno de Allende y la UP que “inauguró un nuevo modelo político de transición al socialismo que eliminaba la necesidad de la vanguardia armada”; incluso incorporando al *staff* a los fundadores del MAS venezolano que “les permitió... una visión... de los procesos históricos en los Estados socialistas cuya noción central era la de stalinismo, concebido como el fantasma que amenazaba toda revolución” (pág. 286). El litigio entre Libre y Casa de las Américas quedó estancado, en el reclamo “de un lado, [en] que se poseía la literatura y, del otro, la *revolución*” (pág. 294). **La tensión que se dio en pos del objetivo de unificar “vanguardia política” y “vanguardia artística” no llegó a concretarse: el aislamiento de Cuba -y ya consumado el ‘ciclo creativo’ de los escritores/ intelectuales- dejó sin posibilidades de avance a estos últimos (que a la vez derivó en el surgimiento de nuevos géneros de “arte político” o “arte social”).** La ruptura de “los lazos de familia” tuvo mucho que ver -coincidió- con el impasse y no avance en la extensión de la Revolución en el continente.

- Lo fundamental es señalar esto: **desde la posguerra, todas las revoluciones que triunfaron terminaron aisladas -fueron variantes del “socialismo en un solo país”-, y con una “política cultural” desastrosa: aisladas en su relación con los intelectuales (cuando no reprimiéndolos y/o condicionando su trabajo);** esto se dio antes de las dictaduras militares. Un caso fue la China de Mao [25]. En esto Cuba no fue excepción [26]. El “desastre” que describe Callinicos más arriba es de alguna forma similar al ‘desastre’ de los proyectos de cambio social que no se concretaron en Latinoamérica -y en ningún lugar del mundo- durante las grandes luchas de clases de los ‘60 y ‘70.

- Por ello, si hubo un avance en cuanto a *forma y contenido* en las corrientes literarias latinoamericanas, debemos repetir que el fracaso de la lucha de clases canceló para todo el período subsiguiente (durante ya dos décadas) un nuevo florecimiento artístico e intelectual [27].

- Veamos dentro del *registro específico de los intelectuales*. Veamos qué ocurrió en la década siguiente con ellos en nuestro país. Escribe Roxana Patiño -en “Intelectuales en transición. Las revistas culturales argentinas (1981-1987)”-: “La

profunda reforma de las relaciones entre cultura y política que se produce por esos años forma parte de este mismo proceso [de cambio hacia una nueva cultura política]. Luego de una larga hegemonía de la cultura política de izquierda en el campo intelectual -que arranca a mediados de los '50 y se prolonga hasta principios de los '80-, se plantea un conjunto de cuestionamientos a sus contenidos que provienen del mismo sector de la izquierda. [...] La configuración de una nueva cultura política democratizante replantea entonces las relaciones entre el intelectual y la política al tiempo que redefine sus funciones. La recolocación de estos intelectuales y los escritores respecto de una nueva cultura política democrática será uno de los principales ejes del cambio cultural del momento". Este "eje democrático" como nuevo paradigma político se vio reforzado tras la caída del aparato stalinista en el Este de Europa ('89/'91), el llamado "socialismo realmente existente" [28]. Así, **tras las sangrientas dictaduras militares que se establecieron en el Cono Sur, la intelectualidad se vio en aras de aceptar la democracia capitalista como la única posibilidad de realidad social.**

- Un ejemplo en Argentina de este pasaje desde la izquierda a la democracia capitalista (a una "cultura política democrática", como dice R. Patiño) es Beatriz Sarlo escribiendo en los años '93/'94 que "hoy, la política es, en la medida en que sea televisión. No puede haber lugar para la nostalgia de pasadas (y probablemente hipotéticas) formas directas de la política". Finalizando con esta sentencia: "Todo lo que puede hacerse es la crítica más radical de la video-política realmente existente" [29]. Esta política -en medio del *boom* consumista de Menem/Cavallo con una convertibilidad sin fisuras aún-, será *un guiño* para la política del Frepaso [30] con sus "apariciones mediáticas" -nada criticadas por nuestra intelectualidad, por cierto- y un discurso "anticorrupción" para las clases medias que le maquillará el rostro a la gorila UCR y creará la Alianza, que llevará al poder a De la Rúa (y de nuevo a Cavallo) al poder del Estado, llevándonos a uno de los hundimientos económicos más grandes que ha tenido el país en su historia. Aunque en ese momento Sarlo -y nadie o muy pocos del *campo intelectual* lo vea- las "formas directas de la política" surgieron -y resurgen permanentemente- en las clases subalternas: con mucha fuerza en los movimientos de desocupados en Neuquén, Salta y Jujuy, con sus cortes de rutas y las asambleas populares en un primer momento (1996/97).

Durante el 2002 -junto con el hundimiento político del *progresismo* y el radicalismo- se desarrollaron asambleas barriales, y también el fenómeno en el movimiento obrero del control directo de la producción en muchas fábricas. Los *sujetos se conformaron desde la acción, desde su propia experiencia*. Como se ve, Sarlo estaba equivocada en que "la política es TV".

Esta conclusión es fundamental: **el pasaje del campo intelectual a la defensa y adaptación de la democracia capitalista. Del "divorcio" entre intelectuales y Revolución, de esa relación conflictiva e irresuelta, surgió una nueva pareja: democracia burguesa e intelectualidad adaptada.**

Específicamente en nuestro país, los Nun, Portantiero y Sarlo aceptaron "renegar" -explícita o implícitamente- de un proyecto de sociedad nueva para abrazar la democracia burguesa. El pecado de los '70 de pensar el "cambio social" se

abandonó, para que sus voces -estas nuevas producciones- pudieran seguir circulando, *aggiornadas*.

Lamentablemente Ud. sólo hace mención a que a los intelectuales de los '70 hoy se los "comió" el mercado [31], pero hace falta decir mucho más acerca de las intervenciones políticas que se sucedieron tras la "euforia setentista" [32] -donde **la derrota de la lucha de clases fue determinante en configurar nuevos roles: literatos sin ambiciones sociales, y una intelectualidad que lee la realidad en clave sociológica y conformista con el orden existente**-. Es decir, que en la ecuación del triángulo conformado por "mercado, literatura y revolución", la derrota de esta última jugó en contra de la producción artística e intelectual y a favor del primero.

Como pudo ver a lo largo del artículo, las herramientas teóricas de análisis y política marxista brindan una posibilidad de análisis profundo -al integrar los distintos fenómenos de la lucha de clases, la economía, la política, la ideología, etc.- para pensar estos problemas [33].

Tengo que señalarle/ recordarle que efectivamente -como Ud. propone al principio de su libro- los intelectuales "trabajan de eso": de las representaciones de lo social, además de persistir en una "conciencia [más o menos -dependiendo de las relaciones de fuerzas establecidas-] crítica". Mi propuesta es revisar sus posiciones desde las diversas articulaciones con los diferentes 'campos' de la sociedad. Es falso que puedan tener una "objetividad" que los dejaría "por fuera de todo interés", como propone en su carta. Pero a la vez **no podemos minimizar la experiencia y la participación que tuvieron en los '70; esto nos llevaría a restarle importancia a la desertión que hubo en el último período histórico**.

La intelectualidad tiene un aporte importante para hacer. Hay que combatir a los que 'pecan de soberbia' -y lucran con sus prebendas-.

Ud. plantea que hay una decadencia de la intelectualidad, que hoy "controla o gobierna" instituciones, "que no son criticadas", como la UBA [34]. Efectivamente, como institución, la universidad es una "usina ideológica": trabajando hoy para justificar el actual orden de cosas. La intelectualidad, como vimos en todas las décadas, sí tiene objetivos e intereses como parte de la sociedad. La "época" del '60/'70 los llamaba con un movimiento de masas en ascenso. Muchos optaron por *la pluma*, y otros por *el fusil* para acompañar y participar en la lucha de clases. Cerrada esta etapa, se inició una de retroceso. El "bando" a elegir, el de los *vencedores*, o el de los *vencidos*, depende de su decisión consciente [35].

Espero que este diálogo sirva, no para pensar una 'caridad propia', sino para llamar a la intelectualidad a aportar sus conocimientos y fusionarse con lo más avanzado de la clase obrera y el pueblo en pos de la revolución social. **Se hace necesario un proyecto que incorpore a los intelectuales como "parte orgánica" de la clase en ascenso en nuestra época, la clase obrera** (Gramsci escribió: "La lucha intelectual es estéril si se conduce sin una lucha real que tienda a invertir esta situación [de guerras y nacionalismo]") [36].

Tras dos décadas de neoliberalismo, ante la creciente inestabilidad mundial (las crisis económicas, las recientes guerras imperialistas contra Afganistán e Irak, crisis en los sistemas políticos de dominación -crisis de la democracia capitalista en la mayoría de los países-) sería bueno reapreciar la propuesta del comunista

italiano y tender hoy a **un proyecto que articule los campos de las fuerzas sociales y la intelectualidad en clave revolucionaria.**

Notas

[1] Artículo publicado originalmente en *Perspectivas regionales- Revista electrónica de Comunicación, Cultura y Sociedad*, N°3 (<http://www.imaginecom.ar/perspectivas>). Agradecemos a su editor responsable, Leonardo Sosa, la autorización para su publicación aquí.

[2] Colección que entre otros trabajos también edita *La pasión y la excepción* de Beatriz Sarlo. Los capítulos del libro de Gilman son 8: “Los ‘60 / ‘70 considerados como época”; “El protagonismo de los intelectuales y la agenda cultural”; “Historias de familia”; “El intelectual como problema. Cuba, patria del antiintelectualismo latinoamericano”; “Alternativas frente al ‘caso Padilla””; “Las rupturas de los lazos de familia” y finalmente “Poéticas y políticas de los géneros”. Termina el libro con “Palabras finales: ¿un proyecto incumplido?”. Todas las citas corresponden a esta primera edición.

[3] Los temas debatidos fueron: “la función de la literatura y de la experimentación artística, el rol del escritor frente a la sociedad, los criterios normativos del arte y la relación entre los intelectuales y el poder” (pág. 28).

[4] Y aclarando que si bien “muchas de estas cuestiones se originaron como respuesta a la coyuntura específica y en el marco puntual de la política cubana, su particularidad fue que se extendieron hasta tornarse una problemática general para los intelectuales latinoamericanos, hasta el punto de generar recortes y solidaridades específicos” (pág. 29).

[5] Observemos que la noción de “crítico de la sociedad”, es una noción “tácita” del compromiso intelectual.

[6] Como consecuencia de los acontecimientos, desde Cuba surgirá una línea “antiintelectual” y grupos contrarios que fundarán la revista *Libre* -con Cortázar, Juan Gelman y Vargas Llosa entre otros- (ver págs. 278 y ss.).

[7] Nos referimos al “Hasta aquí he llegado”, la carta de Saramago a raíz del fusilamiento en Cuba de tres disidentes que secuestraron un barco (Página/12, 15/04/03) y el enorme debate que le siguió. Críticas desde la izquierda trotskista están en “Un debate sobre Cuba” y “El discurso de Fidel: la revolución innombrada” en *La Verdad Obrera* N° 121. Para un profundo análisis del proceso cubano y sus perspectivas, ver el *dossier* de la revista *Estrategia Internacional* N° 20, septiembre 2003 (ambas publicaciones en [http:// www.pts.org.ar](http://www.pts.org.ar) y www.ft.org.ar, respectivamente).

[8] La “guía” Sartre aportará a las metamorfosis del concepto y función del intelectual cuando en un reportaje pos mayo Francés (1968) diga que “el tan discutido compromiso era un acto y no una palabra [...] Acto y palabra, literatura y acción: contradicción lógica y oposición real” (pág. 170).

[9] Debates que llevan a que en 1971 Eduardo Galeano reniegue de su cuentística y explique “el pasaje a la escritura de textos documentales, explicativos o denuncialistas, o ‘ensayos militantes’... como *Las venas abiertas de América Latina*... Galeano mostraba la tensión característica del momento, afirmando que no compartía el complejo de inferioridad del escritor frente al hombre de acción” (pág. 344).

[10] Formas de las que se llegó -como en el caso de la poesía -, a hablar de *boom*, pero esta vez sin ingresar al mercado (págs. 345, 346).

[11] Reportaje en *La Voz del Interior* (<http://www.lavoz.com.ar/2003/0824/s...>). En una tradicional -prejuiciosa- visión de los partidos políticos dice: “Las cosas quedan con gente que sigue defendiendo el ideal crítico, y gente que acepta que ser revolucionarios es subordinarse a las dirigencias políticas”. Señalemos sin embargo que durante un largo período de tiempo el aparato stalinista de los Partidos Comunistas actuó para reforzar este tipo de concepciones, condicionando, poniendo límites y castrando el contenido de muchas obras de arte, e incluso a la misma teoría marxista.

[12] Incluyendo una breve reseña del burocratismo estalinista del maoísmo en nuestro continente, quien partía “de una oposición tajante entre política y cultura” (ver págs. 185, 186).

[13] Artículo publicado originalmente en *Perspectivas regionales- Revista electrónica de Comunicación, Cultura y Sociedad*, Nro 4. Agradecemos a su editor responsable, Leonardo Sosa, la autorización para su publicación aquí.

[14] Ud. plantea que los trabajos sobre la época hablan de “la importancia de la Revolución Cubana, fenómeno que ha sido generalmente considerado como polo de atracción y repulsión indiscutido de la década” (pág. 14). También cita un artículo de J. M. Oviedo -en *América Latina en su literatura*- que habla de Cuba como “origen y estímulo de la discusión literaria latinoamericana” (pág. 20). También plantea que “La relación de los intelectuales cubanos en particular, y latinoamericanos en general, con el Estado de Cuba definió cambios importantes...” (pág. 28). Para finalizar, dice hay dos acontecimientos que llevaron a los escritores a “aglutinarse”, acontecimientos que confirmaban “sus expectativas de transformación, en el doble sentido de modernización cultural y cambio social”: “La Revolución Cubana y el surgimiento de un incipiente mercado editorial” (pág. 30). Como ve, Cuba es parte integrante, eje fundamental, de la Introducción y de todo su libro. Yo sólo hablé del contenido del mismo.

[15] Y del descubrimiento de los campos de concentración en la Unión Soviética burocratizada. Esto dio lugar a un amplio debate en torno a la Historia y sus “necesidades”, sus “deberes” y “obligaciones”. Los debates -cartas publicadas originalmente en *Les Temps Modernes*, a raíz del ensayo de Francis Jeanson al libro de Camus *Hombre Rebelde*- fueron editados en castellano en la década del sesenta (*Polémica Sartre-Camus*, Buenos Aires, Biblioteca El Escarabajo de Oro, 1964. También se encuentra -sólo lo que escribió Sartre- en *Situación cuatro. Literatura y arte*, Buenos Aires, Losada, 1977 -2º ed.-, págs. 71-101).

[16] En el mismo sentido plantea que “en el período a estudiar se configura... una idea... de América Latina, en cuya conformación colaboraron también ciertas coyunturas de orden histórico político, matrices ideológicas y el peso de ciertas instituciones, como partidos, gobiernos, instituciones culturales y hasta mercantiles” (pág. 27).

[17] “El arte y la revolución” (Carta a la dirección de *Partisan Review*, 1938), en *Literatura y revolución*, Buenos Aires, Ediciones Crux, 1989, pág. 262.

[18] *Contra el postmodernismo. Una crítica marxista*, Bogotá, El Áncora Editores, 1993 (primera versión del libro editada en 1989), pág. 28.

[19] Siguiendo a Marx, Marshall Berman señala que “El problema del capitalismo es que, en esto como en todo, destruye las posibilidades humanas que crea. De hecho, alberga fuerzas, autodesarrollo para todos; pero las personas únicamente se pueden desarrollar de modos restringidos y distorsionados. Esos rasgos, impulsos y talentos que puede utilizar el mercado son precipitados (a menudo prematuramente) al desarrollo y desesperadamente estrujados hasta que ya no queda nada...”. *Todo lo sólido se desvanece en el aire. La experiencia de la modernidad*. México, Siglo XXI, 2003 -decimocuarta edición en español-, pág. 91 [Primera edición en inglés 1982].

[20] Citado de I. Deutscher en *Trotsky, el profeta desterrado 1929-1940*, México, ERA 1988, págs. 249/50. “Con su sólo odio intenso a la mentira y su falta de creencia en cualquier verdad, Céline no sería capaz de escribir otro libro como el *Voyage*, concluía Trotsky: si ningún cambio radical ocurría en él, se hundiría en la oscuridad (andando el tiempo Céline efectivamente se vería cautivado y arrastrado por la marejada del nazismo)”.

[21] Para ver los problemas en la relación entre el arte, la cultura y la revolución (y también en su relación con la ciencia), ver *Literatura y Revolución* de León Trotsky. El segundo tomo de la biografía de Deutscher -*Trotsky, el profeta desarmado 1921-1929*, México, ERA, 1988, págs. 158-191 (capítulo “No sólo de política...”) - ilustra magníficamente las discusiones del período de los primeros años veinte de la Rusia posrevolucionaria.

[22] *Contra el postmodernismo*, op.cit., pág. 123.

[23] Aunque el boom latinoamericano fue un proceso a escala más amplia, para pensar el debate entre *Casa de las Américas* y *Libre*, sirve ver una (más) de las batallas políticas que dio Trotsky. En 1924, en una reunión acerca de “la política del partido en el campo de la literatura” argumentaba contra el “realismo socialista”: “Todos recordamos haber leído... bastantes poemas consagrados a la lucha, al primero de mayo, etc. Esos versos, en su conjunto, constituyen un documento cultural e histórico muy importante... han ilustrado el despertar revolucionario y el progreso político de la clase obrera. En ese sentido su valor no es menor que el de las obras de todos los Shakespeare, Moliere y Puchkin del mundo. Por mediocres que puedan ser esos versos, hay en ellos la promesa de esa cultura humana nueva, más elevada, que crearán las masas cuando posean los elementos fundamentales de la vieja cultura [...]. Y agregaba que “no pueden en modo alguno ser considerados como una nueva literatura”: “es un error creer que la evolución de la literatura se asemeja a una cadena sin rupturas, en la que los versos... constituirían el primer eslabón de una futura ‘literatura proletaria’. En realidad esos poemas revolucionarios tuvieron una importancia política, pero no literaria. Contribuyeron al progreso no de la literatura, sino de la revolución. La revolución ha conducido a la victoria del proletariado, la victoria del proletariado ha conducido a su vez a una transformación de la economía. La transformación de la economía modifica profundamente la fisonomía cultural de las masas trabajadoras. Y el progreso cultural de los trabajadores crea verdaderamente la base de una nueva literatura y de un arte nuevo en general”. *Literatura y revolución*, op.cit., pág. 196-197. Trotsky veía un arte y cultura nuevos como la “coronación”, su florecimiento (no de los logros de la revolución proletaria, cuando “hay más por destruir primero que construir y crear”, decía) dentro del socialismo -

junto con la previa asimilación de la cultura “vieja”- desde una estrategia internacional, que fundará tras el período de transición a un arte nuevo, a un arte verdaderamente social y universal -y no clasista. En sus palabras: “El arte nuevo hará revivir todas las formas que han surgido en el curso del desarrollo del espíritu creador. La desintegración y decadencia de estas formas no tiene por qué ser definitiva, pues no son incompatibles en absoluto con el espíritu de los tiempos nuevos. Basta con que el poeta de la nueva época piense de nuevo sobre los problemas de la humanidad y sienta otra vez sus sentimientos” (pág. 172).

[24] Contrapuestos a los “intelectuales responsables”, quienes “tienden a reducir su pensamiento a un pensamiento de militancia, y a menudo anatematizante” (pág. 279).

[25] Así, la “revolución cultural” que lanza Mao, con el objetivo en el plano interno de reforzar “acciones contra los privilegios burocráticos... la superación de la división entre el trabajo mental y el manual [con] la energía y el entusiasmo de la generación más joven” termina -como recuerda Perry Anderson- “a principios de la década de 1970”, con “una relación cada vez más estrecha con el gobierno de Estados Unidos y... un abandono cada vez más acentuado de la solidaridad con los movimientos de liberación nacional del Tercer Mundo, a cambio de la amistad con los regímenes más brutales y reaccionarios de los tres continentes, desde Chile a Zaire, y desde Irán a Sudán. En el interior, cada vez se iba haciendo más evidente que la Revolución Cultural no sólo era manipulada por la misma cúpula burocrática contra la que se luchaba desde el principio, sino que en la práctica equivalía a algo muy diferente de lo que había proclamado como su meta: una purga gigantesca de los aparatos del partido y del Estado que implicaba una enorme represión política con millones de víctimas; [...] y el oscurantismo ideológico, en la medida en que cada parcela de la cultura y de la educación se sumió en el irracionalismo de un culto a Mao que llegó a superar al del propio Stalin. El balance final fue mucho más terrible que el del período Jruschov. El repudio popular de la Revolución Cultural tras la muerte de Mao fue arrollador”. Recordemos que importantes intelectuales de izquierda en todo el mundo vislumbraron -como ocurrió con Cuba o Chile- en China una alternativa al *statu quo* establecido entre EE.UU., la U.R.S.S. e Inglaterra tras la salida de la guerra. *Tras las huellas del materialismo histórico*, México, Sigo XXI, 1988, págs. 88-89.

[26] Excepto -tal vez- en los primeros años de la Revolución. Vargas Llosa escribía en 1962 que en Cuba no existía “como en las democracias populares, un ‘dirigismo ideológico’ excluyente”. Y seguía así su relato: “He visto en las librerías de La Habana publicaciones trotskistas y anarquistas expuestas en la vitrinas. Y no existe una censura destinada a preservar la pureza ideológica de las publicaciones [...] Quiero decir que el reconocimiento del marxismo como filosofía oficial de la revolución, no impide, al menos por ahora, la existencia de otras corrientes ideológicas y que éstas puedan expresarse libremente” (“Crónica de la Revolución”, en *Contra viento y marea*. 1962/1982 1962/1982 , Buenos Aires, Sudamericana/ Planeta, 1984, pág. 32).

[27] Así llegamos a este ejemplo hoy en nuestro país: en el programa “Cortázar, cronopios sin fama” en Canal 7 -del 11/02/04- los escritores L. Brizuela, P. Mairal, F. Jeanmarie y C. Gamberro argumentaban que “no hay espacio” ni genera interés una postura del tipo “soy intelectual”, que no está al alcance esa posibilidad hoy, a

diferencia de los '70 cuando era "posible y necesario", porque "a la gente le interesaba". Por ello en los '80 y '90, la literatura que tuvo "más aire" no fue la latinoamericana sino la de los *yuppies* psicóticos -destacándose en esta materia yanquis e ingleses-: el *American psycho* de Easton Ellis y los jóvenes individualistas "X" sin futuro de Douglas Copulan (ambas novelas llevadas al cine luego). *Un asunto de vida y sexo* del inglés O. Moore también ejemplifica un tipo de literatura que pone especial énfasis en las diferencias y los problemas individuales de sus personajes.

[28] La euforia de la derecha era tal que los ideólogos yanquis hablaban de "una nueva era". Parfraseando el *Manifiesto Comunista* escribía uno: "De Varsovia a Moscú, de la Haban a Pekín, un espectro recorre el mundo como si acabara de surgir del sepulcro: el retorno del liberalismo democrático revolucionario" (Bruce Ackerman, *El futuro de la revolución liberal*, Bs. As., Ariel, 1995. Edición original 1992). Desde ya que el contenido de la década del '90 no tuvo que ver con ninguna revolución: para nuestros países especialmente fue una gran contrarrevolución económica.

[29] Subrayado por mí, *Escenas de la vida posmoderna. Intelectuales, arte y videocultura en la Argentina*, Bs. As., Ariel, 1996, pág. 90 (Ed. original 1994).

[30] Pequeño agrupamiento conformado por los peronistas "disidentes" del "Grupo de los ocho" con Chacho Álvarez a la cabeza, junto a Fernández Meijide, más algunos arribistas provenientes del Partido Comunista.

[31] Dice en su carta "las condiciones de intervención intelectual se han transformado radicalmente" y menciona entre otras cosas "le preeminencia de la industria cultural, la academización de los otrora 'intelectuales libres'", proponiendo "pensar de otro modo y con más humildad el lugar del intelectual en la sociedad".

[32] Un ejemplo más -también de Beatriz Sarlo-: ésta dijo en el programa del periodista Morales Solá -noviembre 2003- ante la pregunta si no temía, tras Duhalde y hoy Kirchner, a "la hegemonía peronista" encaramada en el Estado, que "hay lo que hay". "Si por mí fuera, querría un partido de centroderecha moderna, y por otro una socialdemocracia [sic] a la cual poder afiliarme...".

[33] Marshall Berman señala que ya desde Marx, su teoría aporta para "clarificar la relación entre la cultura modernista y la economía y la sociedad burguesas...". En *Todo lo sólido...* op. cit., pág. 84.

[34] Esto, lo dijo en el programa homenaje "Cortázar, cronopios sin fama" en Canal 7 (11/02/04). Cuando se le preguntó por qué la decadencia y la falta de crítica actual, Ud. dijo "por la miseria humana". Creo que este argumento "universalista" y general deja por fuera los reales intereses de grupos y clases, así como su finalidad política.

[35] Acá hago mía la propuesta de rememoración por las grandes batallas libradas en la historia contra los opresores (desde Espartaco a los campesinos que hicieron las guerras en Alemania, pasando la Comuna de París, etc.) que propone Walter Benjamin desde sus "Tesis de Filosofía de la historia" para *configurar nuestra tradición* y pensar la revolución en el presente. Una precisa lectura "talmúdica" de las "Tesis" -con ciertos giros latinoamericanistas- se puede leer en: Michel Löwy, *Walter Benjamin. Aviso de incendio*. Buenos Aires, Fondo de Cultura económica, 2003.

[36] En “Nacionalismo y particularismo”, *Los intelectuales y la organización de la cultura*, Buenos Aires, Nueva Visión, 1998, pág. 80.

ⁱ *Entre la pluma y el fusil. Debates y dilemas del escritor revolucionario en América Latina*, Buenos Aires, Siglo XXI, 2003.